

CATALOGO DOLMENICO DEL PAIS VASCO, por Jesús Elósegui. Publicación número 9 del "Grupo de Ciencias Naturales Aranzadi" de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País. 150 páginas de texto, 14 láminas de fotografías, croquis en planta de 15 dólmenes y un mapa de Vasconia donde va señalada la situación de los monumentos citados en el catálogo. Publicado en PIRINEOS, núms. 28-29-30. Zaragoza, 1953.

La contribución del autor de este catálogo al estudio de nuestra historia es del mayor interés, si tenemos en cuenta el sentido de sus investigaciones y la garantía de su método. A sus ya numerosos trabajos sobre el tema viene a agregarse el libro que acaba de publicar. Es un inventario de los más antiguos monumentos sepulcrales que han sido descubiertos hasta ahora en el país vasco. Inventario, localización y descripción de 321 dólmenes y 19 túmulos, presentado conforme al orden cronológico de su publicación o de su descubrimiento. Las últimas páginas contienen un índice alfabético de los monumentos con su correspondiente número del catálogo, una reseña de las estaciones o zonas geográficas en que se hallan repartidos, un repertorio bibliográfico el más completo que conocemos sobre la materia y un mapa de Vasconia en el que se aprecia la distribución de los megalitos.

Estamos lejos de aquellos tiempos en que se hablaba de "dólmenes celtas" de Alava, en que sólo eran conocidos media docena de estos monumentos en toda la extensión del Pirineo vasco. Luego vino el descubrimiento de los de Aralar por Iturralde y Suit: el número de dólmenes conocidos era ya de 18 en el año 1911, fecha en que se publicó "La Prehistoria de Navarra" de aquel benemérito explorador de las antigüedades de Navarra. Aranzadi y Ansoleaga elevaron ese número a 30 en su memoria "Exploración de catorce dólmenes del Aralar" (1918). En mi discurso de apertura del curso académico de 1917 a 1918 en el Seminario de Vitoria dí cuenta de 67 dólmenes. Después el número ha ido creciendo: los citados en mi catálogo de 1946 (en IKVSKA) suman más de 200. Pericot en 1950 daba el número de 204. En mi "Prehistoria del País Vasco" publicada en 1953 hice un inventario de 457 monumentos megalíticos, de los que 290 eran dólmenes. Y un año más tarde, don Jesús Elósegui incluye en su catálogo 321. Después han sido descubiertos más de una docena y es de esperar que este número vaya subiendo a medida que las prospecciones se multipliquen. Pero el número de los registrados en el catálogo del señor Elósegui prueba que el área dolménica de los Pirineos alcanza en el País Vasco su más densa concentración, muy superior a la de Cataluña y el Rosellón —otro de los focos del megalitismo pirenaico— que en una extensión doble de la de Vasconia, contaban 250 dólmenes en el año 1950 (Pericot).

El catálogo del señor Elósegui, que, además de señalar la situación de cada monumento, da cuenta de la fecha de su descubrimiento o de su primera publicación, de su composición y del resultado de su exploración, es un precioso instrumento de trabajo para quien desee estudiar la prehistoria de las regiones pirenaicas. En él y en el mapa que le acompaña, están señalados los megalitos y las zonas de esta singular arquitectura en nuestro territorio. A las estaciones ya registradas en anteriores

publicaciones se añaden otras, como la del valle del Roncal que sólo por referencias conocíamos. La situación de las mismas, tal como aparece en el mapa, confirma la opinión, hace tiempo formulada por nosotros, de que la distribución de los dólmenes corresponde a la de las majadas pastoriles, lo que puede decirse de casi todas las regiones dolménicas del Pirineo y de gran parte del área que cubre la trashumancia pastoril histórica de la población pirenaica.

Casi todos los dólmenes se hallan en estado ruinoso, destruídos principalmente por buscadores de tesoros.

La obra del señor Elósegui hace justicia a la ingente labor de los prehistoriadores vascos de la primera mitad de este siglo que efectuaron con escasísimos medios económicos las primeras proyecciones sistemáticas, descubrieron numerosos monumentos, exploraron más de un centenar de ellos excavando cuidadosamente su interior y recogiendo el material descubierto y depositándolo en los museos regionales; estudiaron los hallazgos comparativamente en cuanto a su materia, a su forma y a sus relaciones, recorriendo para ello gran parte de los museos de Europa. Gracias a sus investigaciones y estudios llegamos a conocer la importancia del fenómeno dolménico en el país vasco, hecho nuevo y culminante en una de las fases del proceso cultural de la población pirenaica. Ellos, que habían explorado yacimientos de habitación de la época dolménica en diversas localidades (cuevas de Santimamiñe, Lumentxa, Urtiaga, Jentiletxeeta, Urio, Isturitz) ampliaron nuestros conocimientos del pueblo de los dólmenes y nos hicieron ver que muchas cuevas del país servían de habitación al hombre: que éste, en su tipo físico, era semejante al vasco histórico; que aún vivía de la caza en muchas localidades; que, en otras, había asociado a sus viejas ocupaciones un nuevo modo de vida —el pastoreo—; que pobló anchas zonas del país, antes apenas habitadas: que, con rebaños de ovejas, de cabras y de vacas, empezó a frecuentar las sierras de Gijijo, de Arrato, de Gorbea, de Oiz, de Aizkorri, de Entzia-Urbaa, de Ataun-Burunda, de Elosua-Polpol, de Aralar, de Orin, de Belabieta, de Larun-Atxuri, de Artzamendi-luskadi, de Urrixka-Berdariz, de Sorogain-As-takarri, de Lindus-Atalosti, de Irati, de Abodi y de Ahuski: que de entonces datan los movimientos de los pastores trashumantes que durante siglos vienen atravesando periódicamente los valles y las montañas pirenaicas, atentos a las condiciones del relieve del suelo que les impuso sus cuadros; que el ajuar, formado principalmente por objetos tradicionales, había logrado enriquecerse con nuevos elementos o formas de cerámica, de flechas, de hachas, de cinceles, de punzones, etc.: que el cobre y, más tarde, el bronce habíanse introducido como material de diversos objetos: que los dólmenes se nos revelan como signos visibles de un mundo de representaciones diferentes del de las edades precedentes, etc. Todo esto y mucho más que no podríamos detallar en esta nota, no son conocimientos logrados en este último lustro, sino en los diez anteriores, según nos lo hace ver el catálogo del señor Elósegui, donde aparecen citados a cada momento los nombres de sus principales artífices.

Con todo, hubo quien vino a acusar a éstos en su propio país —con sobrada ligereza e injusticia— de haber ido "a encontrar lo vasco en vez de hacer un estudio objetivo de la evolución cultural de un pueblo, el que sea, sobre un medio geográfico". Como si hubiesen organizado sus investigaciones y sus descripciones en función de sus teorías. Tal acusación, totalmente arbitraria, que el "Diario de Navarra" del 29 de abril

de 1953 atribuye a un arqueólogo catalán y que ya fué lanzada el año 1927 en el mismo periódico por un indocumentado y ha sido repetida recientemente en una nota bibliográfica de la revista "Príncipe de Viana" (n.º LIV-LV), tiene su adecuada contestación en las páginas de las numerosas memorias publicadas por los señores aludidos (Iturralde, Aranzadi, Ansoleaga, Eguren y Barandiarán particularmente) y ahora en las del libro del señor Elósegui, como la tuvo antes —y muy elocuente— en las distinciones con que aquéllos fueron honrados por diversas instituciones especializadas en estas materias, como la "Société Préhistorique Française", la "Commission Supérieure des Monuments" de Francia, "The Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland", el "Archäologisches Institut des Deutsches Reiches", etc. Esperamos que sus trabajos serán aprovechados por los futuros prehistoriadores, como ya lo han sido por muchos contemporáneos (Obermaier, Menghin, Bosch-Gimpera, etcétera). Y el precioso catálogo que el señor Elósegui nos ofrece, siguiendo la ruta marcada por sus predecesores, contribuirá poderosamente a enriquecer el acervo del material prehistórico vasco, a despertar vocaciones, a orientar a los iniciados y a documentar a los especialistas.

Ataun, 12 de marzo de 1955.

J. M. DE BARANDIABAN